

“NUEVA” VERSION SOBRE EL ASESINATO DE SUCRE, ESCRITA HACE CIENTO TREINTA AÑOS POR DON MANUEL MARIA MADIEDO

Escribe: ANIBAL NOGUERA

Debido a su independencia intelectual, don Manuel María Madiedo no fue del gusto de sus apasionados contemporáneos, quienes evitaron la presencia suya en el manejo del Estado. Ni aún lo dejaron llegar al parlamento, a pesar de que era un magnífico orador.

Sinembargo, don Manuel María Madiedo es un personaje vivo en el campo de las ideas, al cual recurren para apertrecharse gentes de la derecha y de las izquierdas, aunque el formidable polemista e ideólogo siga agazapado en algunas bibliotecas en espera del momento en que se le reconozca como uno de los grandes del pensamiento colombiano. “Son poquísimos los escritores —comenta don Isidoro Laverde Amaya en su **Ojeada histórico-crítica sobre los orígenes de la literatura colombiana**— que han levantado entre nosotros cátedra de enseñanza y de divulgación de teorías sociales. El doctor Manuel María Madiedo ha sido de ellos el más osado y el más afortunado...”.

Su estudio sobre los partidos en la Nueva Granada, casi en el mismo momento de su fundación, muestra lucidez analítica. Ni más ni menos, inició el reclamo que muchos le hacen a nuestras colectividades políticas, horas de principios reales para el país. Semejante pecado original fue señalado por el señor Madiedo, proponiendo en cambio, desde su posición de católico, un socialismo cristiano. Doctrina incomprendida y rechazada por sus copartidarios.

Don Manuel María Madiedo, además, recorrió todas las gamas de la creación intelectual. Fue una mente curiosa. Sobre el río Magdalena escribió un vigoroso poema. La descripción que hace de los bogas es espectacular. No se olvidó del teatro, ni del ensayo, como tampoco de la práctica jurídica. La mayor parte de sus obras han desaparecido. De vez en cuando se hacen hallazgos de sus publicaciones en librerías de “viejos” o en poder de algún amigo, como la novela costumbrista **Cuadros del Siglo XIX**, dedicada a don José María Torres Caicedo.

Este libro, que apareció en 1868, lo escribió Madiedo dos décadas antes. Es decir, diez y ocho años después del asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho, cuando las interpretaciones de tal acontecimiento eran de primera mano y la nación ardía en una lucha política sin cuartel en torno del General José María Obando, señalado del aberrante hecho por Mosquera. La versión del autor en sus páginas, se aparta de lo propalado, entonces, para desacreditar al prestigioso caudillo caucano.

El relato referente —Cuadro XLI— tiene desarrollo en Morales, puerto a orillas del Magdalena, entre Braulio (parece ser don Manuel María en su juventud), un supuesto Coronel de la Guerra de los Supremos y el señor Cura, de cuya sabrosa cháchara sacaremos algunas claridades históricas. El levita expone una interpretación audaz sobre las consecuencias que, para nuestra formación civilista, tuvo el fracaso del proyecto de invasión a Cuba y Puerto Rico con el objeto de independizarlos de España. Plan al cual se le había invertido parte considerable del empréstito con Inglaterra y en donde los ejércitos victoriosos en el Perú continuarían con escenario para su acción heroica.

De la cancelación de este proyecto, parten para don Manuel María Madiedo, o para el Cura de Morales, los trastornos de la Gran Colombia y, entre estos, el crimen de Berruecos.

.....

Al cabo el horizonte se despejó para Braulio. El río creció, la balsa, volvió a nadar, los bogas salieron de la cárcel i el alcohol salió de ellos. Todo quedó listo para seguir al siguiente día. El Coronel i toda su familia miraban ya a Braulio como un amigo. El les relató varias aventuras de su vida de militar hechizo; i el coronel, como para recompensarle, medio recostado en su chinchorro de grosero tejido, i procurando ahuyentar con el humo de su grueso tabaco la plaga tenaz que importunaba a todos, dijo:

—Yo empecé mi carrera mui jóven a órdenes del valiente Maza, i ví a su lado mui bellos dias para la patria. Esos eran tiempos ¡oh! ya todo eso pasó... Mas luego seguí en la división ausiliar del Perú, i a órdenes del jeneral Sucre i del Libertador, ví consumada para siempre la libertad de cinco naciones en la memorable jornada de Ayacucho. ¡Oh Córdova ilustre! ¿quién te había de anunciar entonces el triste fin de la gloriosa vida?... ¡Horribles mudanzas de los tiempos! Sucre, ese grande hombre también acabó tristemente su existencia; pero ¿qué digo? el Libertador mismo... Lástima de tantos hombres eminentes, soldados invencibles que vieron a sus piés las naciones de la tierra para acabar despues... ¡Ah! eso me consuela.

—Sí, sí, amigo, es preciso consolarnos, dijo una voz sonora, desde la calle, Dios nos dá el mal i el remedio; o mas bien; nosotros somos la causa de nuestros males ¡Dios nos depara el remedio!

Era el señor cura, quien, como lo tenía de costumbre, apénas se desocupaba todas las noches de sus tareas sacerdotales, se quitaba la sotana, se quedaba en pechos de camisa, calzábese unas alpargatas, se encasquetaba un sombrero de trenza, cojia su **musengue** para alejar el zancudo, i se largaba a casa del coronel, en donde este, su hijo mayor, la señora i él, formaban el cuaterno para el fusilico.

—Bien, añadió entrándo familiarmente, ¿de qué se trata?

—Aquí recordando los antiguos tiempos; aquellos días de gloria i de trabajos ilustres, que hoi nadie recuerda, ni valen un bledo.

—Oh, amigo, ya todo eso es moneda de cobre: hoi no son patriotas sino los charlatanes, los... en fin, los hombres más insignificantes... Yo fuí capellán de varios cuerpos; estuve en la acción de Boyacá i anduve despues por Venezuela; pero ya usted ve... conozco cleriguitos que entónces estaban mamando i que hoi son canónigos, o gozan de los mejores curatos; i uno aquí con el **musengue** i los bogas. ¡Hágase la voluntad de Dios!

—¡Oh! el que no sabe manejar el incensario, dijo Braulio, el hombre que no se humilla como un esclavo, que no adula, se amuela. En este país...

—Sin duda, repuso el coronel; i lo peor es, que los hombres que hicieron patria, se despedazaron unos con otros para dejar

el fruto de sus afanes a cuatro gandules... Eso decia yo, señor cura. Vea usted el fin de Padilla, de Córdova, de Bolívar, de Sucre...

—¡Ah! Sucre, dijo el cura con cierto acento pausado i significativo. Sucre fué un gran jeneral, capaz de haberse lucido en Europa. Aquel jeneral inglés que sirvió en el Perú, le hace grandes elojios al gran Mariscal.

—Sí, dijo el coronel, el jeneral Miller, ¿no?

—El mismo. Bien. ¿I qué piensa usted de la muerte de aquel hombre?

—¿Yo? contestó el coronel, tengo ese acontecimiento por un misterio, que acaso el tiempo podrá poner en claro; pero lo cierto es que se lo **mamaron**, i de una manera...

—¡Qué infamia! dijo Braulio; pero ya está fuera de duda que ese bribon de Flórez ha sido el autor de ese asesinato, ¿no les parece a ustedes?

—Yo, dijo el cura, aquí metido en mi rincón, tengo para mi sotana, que la cosa no es como la han referido los amigos ni los enemigos de Flórez ni de Obando. Yo he recojido uno u otro dato por ahí, con uno u otro personaje, i me he formado una opinión bien diferente de la que se admite jeneralmente acerca de ese terrible acontecimiento.

—Desearia oír la opinión de usted mi capellan, repuso el coronel, i también los fundamentos en que la apoya.

—Manos a la obra, dijo el señor cura, sentándose sobre un banquito rústico que no léjos estaba, i poniendo a un lado su sombrero. La cosa ha pasado de esta manera:

El proyecto de conquistar la isla de Cuba debió haberse llevado a cima despues de haber redimido al Perú. Nada más fácil; porque una conquista para la libertad jamas puede ser dudosa. El ejemplo de tantos pueblos libres, era el arma mas poderosa para aquel grande hecho; i esa empresa nos habría enriquecido en gloria i en prosperidad. De seguro, nuestra libertad no habría sufrido en lo mas leve, i acaso ni usted ni yo estaríamos aquí matando zancudos a la orilla del Magdalena. Ese ejército que volvió del Perú; todos esos soldados de la independenciam que habian arrojado a los españoles, ni tenían en qué ocuparse, ni eran hom-

bres aparentes para vivir bajo un gobierno civil. Acostumbrados a las duras leyes del soldado, no era posible que pudieran acomodarse a las del ciudadano; ni mucho ménos que se sometieran al democrático nivel de la igualdad. El orgullo i la arrogancia son incompatibles con los dogmas de la República, que, como dice el gran Montesquieu, tiene por alma a la virtud. De aquí nació esa lucha terrible entre liberales i bolivianos que tuvo por fruto la ominosa dictadura del Libertador, la tremenda conspiración del 25 de setiembre de 1828, tantos cadalsos, tantas persecuciones, el destierro del jeneral Santander, la muerte del infortunado Padilla, el Congreso admirable, el parricidio consumado en el santuario de Bogotá, la usurpación de Urdaneta, la muerte del gran Mariscal, la del mismo Libertador de Colombia. La resurrección de la dignidad republicana i del imperio de la lei por el restablecimiento de ella en 1831, fue una tregua. No hai que dudarlo. Si ese ejército se lleva a nuevos hechos de armas, se habria evitado un diluvio de males a la patria. Una vez consumada la libertad de Cuba, se habria podido repartir ese ejército léjos del centro gubernativo; i miéntras tanto la respetabilidad de un gobierno de leyes se habria enrobustecido lo bastante para no tener que temer de ninguna influencia exótica a su naturaleza. Bien; pero nada de esto pudo hacerse i sufrimos todos los males que aún aflijen el país i Dios sabe si terminarán algun dia o lo conducirán a su esterminio. Militarizada la Nacion, la dictadura fué casi un hecho forzoso; pero el 25 de setiembre fué también un hecho lójico. Sinembargo, los hombres que apoyaron las venganzas del dictador, parecieron avergonzados de haber manejado el hacha de la tiranía contra sus antiguos compañeros de gloria en el lago de Maracaibo, en Carabobo, Pichincha, Junin, Ayacucho... Reflexiones mui dolorosas, mui tristes debieron aflijir los grandes corazones de Córdova, de Sucre...

—¿De Sucre, dice usted? interrumpió el coronel.

—¡De Sucre! exclamó Braulio.

—Sí señores. Atiendan ustedes i despues juzgarán los hechos. Lo cierto fué, que la dictadura pacífica, fué proclamada, tolerada, pero la dictadura triunfante, sangrienta, vengativa, perseguidora, se hizo insoportable. Muchos hombres distinguidos del ejército i de la lista civil de nuestros conciudadanos, se dieron el pésame por el duelo de la patria i complotaron volverla a la vida. I no podía ser de otro modo. Era por cierto mui triste, despues

de tanta gloria adquirida a precio de mares de sangre, venir a parar en haber mudado de tiranía; en haber cambiado un despotismo ultramarino por un despotismo doméstico, mas sacrílego mil veces mas escandaloso que el fundado por el derecho de los colonizadores de los siglos XV i XVI; porque al ménos, estos conquistadores jamas hablaron de libertad ni de la redención de nadie. Hablaron de oro i de servidumbre, i fueron siempre consiguientes con sus palabras; pero la tiranía en los labios de los héroes de nuestra independencia, en boca de los atletas de la gran causa americana, ménos que un crimen, era una horrenda apostacía; ¡una burla escandalosa de las esperanzas de un mundo entero! Por eso esa tiranía fué tan terriblemente escarmentada; i con sobradísima razon para ello. Un verdugo cualquiera puede pasar; pero un hermano, un padre convertido en verdugo no pasará jamas. Que un Sámano, que un Morillo nos degollara en nombre de su amo. . . eso era horrendo, pero no era inconsiguiente; pero que un Urdaneta, un Bolívar nos degollara. . . ¡oh! esto no puede tener cabida en el alma de ningun buen americano. Esto fué un delirio, una monstruosa infatuacion de la fortuna, incompatible con nuestros sacrificios por ser libres.

Hai en la capital de la República una hermosa casa, propiedad de un hombre acaudalado i no ménos célebre entre nosotros por sus talentos como hombre de negocios: dícese que fué allí donde tuvo lugar la gran sesion celebrada para deliberar cómo se salvaria la patria, resultando de aquella noble asamblea, un convenio no ménos jeneroso que grande. Resolvióse ocurrir al Libertador para hacerle ver cuánta era su equivocación al suponer que el pueblo que se habia resuelto a morir por ser libre, rompiendo i hollando las cadenas de tres siglos, fuera capaz de resolverse a vivir bajo el yugo de uno de sus compatriotas, comprometido tan solemnemente a darle garantías i vida. Discutióse mucho la elección de la persona que llenaría aquella importante mision, tanto mas delicada, cuanto encerraba una amenaza terrible al hombre que habia vencido a los enemigos de un mundo, i que entónces no tenia mas código que su voluntad, ni mas patria que sus esbirros y sayones.

—Sin duda que la mision era espuesta para el misionero, interrumpió Braulio.

—Claro, añadió el coronel; pero cuando habla la patria debe callar el corazón, la vida misma... ¿No la esponemos mil veces en casos de mucha menor importancia?

El cura continuó:

Convínose en que se hablase al Libertador de su nombre, de su gloria i después de la patria. Esto es más, era un sacrificio para quien quiera que se encargase del asunto; pero eso no era más que la encarnación viva de nuestra situación; porque Bolívar se había hecho superior a la nación y esta tenía un señor en aquel grande hombre. Pero si el dictador, engreído, no se prestaba a las demostraciones racionales, a la conservación de su gloria, a las súplicas hechas en nombre de una patria que tenía derecho a castigarle su apostasía, su parricidio, entónces... debía hablársele claro, muy claro; sí, i no el lenguaje de la súplica, sino el de la amenaza de una sublevación jeneral contra su sacrílega usurpación... Sucre debía ponerse a la cabeza...

—¡Bravo! exclamó el coronel, apretando las manos, animando su fisonomía sombreada por el dolor de su situación actual, de la cual parecía olvidado; eso era obrar como hombres, como verdaderos patriotas, aunque eso de dar a Sucre la dirección de una revuelta...

—Pues así fué, i todo se dispuso en este sentido. Páez en Venezuela estaba listo, Flórez en el Ecuador, i en la Nueva Granada, Córdova, López, Obando, Azuero, Soto, González i cien más, cuyas miradas se fijaban en el ilustre proscrito que, escapando, como por milagro, de la cuchilla de la tiranía, buscaría un asilo en los países extranjeros. ¡Cuánto más honroso no hubiera sido para el Libertador, dócil a la voz de su deber i de su gloria, haber roto ese impío bastón dictatorial ante el código santo de 1821! pero era necesario que la arrogancia del soldado ahogara la conciencia del ciudadano, para que el primero expiara el gran crimen del segundo. Así sucedió. La ilustre asamblea de que ya he hablado, se componía de lo más notable entónces en la capital, tanto de la lista militar como del orden civil de la nación. Los patriotas que no estaban allí materialmente, habían dado su parecer desde los calabozos o destierros en donde expiaban el crimen de ser verdaderos americanos; i estaban prontos a prestar, como pudieran, su cooperación al restablecimiento de la majestad de la nación, i al castigo de los que la habían ultrajado. La elección

de la gran mision que debia salvar la patria, recayó en el gran Mariscal de Ayacucho...

—¡Vaya un disparate! interrumpió el coronel.

—Eso parece una farsa, añadió Braulio.

—Pues no era nada de eso, contestó el capellan. Sucre se habia indignado con los patíbulos levantados para Horment, Azue-ro, Zulaívar i demas conjurados del 25 de setiembre; con la muerte de Padilla; i Córdova se llenó de enojo contra el Libertador por esas venganzas que su gran corazon rechazaba i que consintió por una debilidad inesplicable. Convenido como se estaba en tentar primero un medio conciliatorio que volviera la vida a la lei, sin deshorrar mas al grande hombre de nuestra historia, ¿qué medio mas a propósito que el grande amigo, el ilustre compañero de las grandes hazañas del hombre a quien íbamos a pedir una patria como de limosna?

—¡Haya infamia! murmuró el coronel, sombreando su faz de soldado.

—Sin duda, continuó nuestro cura, sin curarse de la impresion del viejo militar. La eleccion misma de la persona que desempeñara aquel gran papel, de mediador entre la Libertad i la Patria, deberia tener una influencia poderosa en el desenlace de la gran cuestion que se ventilaba. Todos conocian el mucho valer del gran Mariscal para el Libertador, su alta nombradía, su extraordinario ascendiente en el ejército, i todo esto era de un gran peso, si se atiende a que se habia hecho popular entre los patriotas, por haber improbado la sangrienta ejecucion de los conjurados de 1928. Bien, pues, la eleccion recayó en el gran Mariscal; i en mi opinion fué lo mejor que pudo hacerse... Habia condenado las venganzas dictatoriales... Estas fueron prendas para los patriotas; i el mismo Córdova se afilió entre nosotros desde que Bolívar se dejó dominar por sus tenientes...

—¿Pero él aceptó? interrumpió el coronel.

—Sin duda; i al parecer de la mejor voluntad. I tan cierto fué que aceptó, que se encargó de la mision i la desempeñó hasta cierto punto; pero...

—Así seria el desempeño... exclamó el coronel.

—A las mil maravillas, añadió Braulio con ironía.

—¡Ah! continuó el capellán: no todo sale a la medida del deseo; i mil veces se sufren chascos atroces en esta vida; i no

solo en tan grandes i delicadas cuestiones, sino aún sobre los asuntos mas triviales de este mundo. ¡Cuántos no se casan creyendo enlazarse con un ángel i dan en las roscas de una serpiente! Es una lástima que no haya hoy aquellos brujos de los tiempos inquisitoriales; porque nos serían de un gran recurso para ciertas cuestiones mas o ménos importantes. Pero dejémonos de chanzas. Lo cierto fué que el gran Mariscal aceptó la grave mision que le fué encomendada i se entendió con su grande amigo, cuyo inmenso ascendiente no pudo resistir. ¡¿qué de extraño? un Bolívar es como el hechizo de la májia, de un semi-dios.

—¿I qué resultó de todo eso? preguntó el coronel lleno de impaciencia.

—“El Libertador tiene las mejores intenciones, dijo el gran Mariscal: pide un plazo para deponer el baston dictatorial i restablecer el imperio de la Constitucion de 1821. Yo creo que sería hasta faltar al respeto debido al hombre a quien tanto deben la patria, la América i el mundo entero, negarse a su exigencia. Es preciso pensar cuánto le debemos a su espada; i que su gloria es nuestra herencia. Además, unos pocos meses”...

—¡Hola! repuso el coronel, ¿es decir que a él solo se le debe aqui la libertad? ¿Es decir que tantas víctimas sacrificadas en los patíbulos al furor español son nada? ¿Es decir que la sangre del pueblo derramada a torrentes en cien campos de batalla es un juego? ¿Es decir que tantas familias desamparadas, tanto luto i tantas lágrimas son burlas?... ¡Vive Dios! exclamó levantándose i dando una recia patada, es imposible sufrir semejante usurpacion de los sacrificios de un pueblo entero...

—Ah, yo soi en ese punto de la opinion de usted. Estoy seguro que si Bolívar no hubiera venido a tiempo, habria pasado desapercibido: Dios tiene en su mano la suerte del universo; i su dedo inmortal señala el dia de la redencion de las naciones. Cuando la hora de esos grandes hechos históricos, suena en los ámbitos de la eternidad, se levanta de entre la oscura multitud un Aristójiton, un Bruto, un Macabeo, un Tell, un Washington, un Bolívar i la voluntad del Altísimo queda cumplida. Esto es todo. Pero el mundo es tan injusto que todo lo atribuye a los hombres que no son sino el instrumento ciego de un decreto sobrehumano; olvidando la voluntad de Dios i los heróicos sacrificios de los pueblos. Usted oirá hablar siempre de las conquistas de Alejandro, de las hazañas de Anníbal, de las victorias de César, de las

glorias de Napoleon; pero nada, nada, de las madres que perdieron sus hijos, de las esposas que perdieron sus maridos en esas grandes carnicerías, ni de los millones de hombres que compraron con su sangre la celebridad de esos nombres tan sonados en la historia... ¡Pobre mundo!... ¡Pobre historia! siempre farsa i mentira...

Sucre, pues, no hacia mas que seguir el hábito, obedecer a la costumbre de atribuir a un solo hombre el fruto de los esfuerzos de naciones enteras. Pero su mision no solo no produjo los buenos resultados que se esperaban de su influjo con el Libertador, de sus talentos, de su respetabilidad en el ejército, sino que puso el pais en un estado violento. Por otra parte, él faltó a sus compromisos; porque aceptando la mision de conciliador, aceptó tambien la de jefe de una insurreccion jeneral para el caso de una negativa del Libertador; i con su posterior conducta, se manifestó extraño al deber que habia contraido con sus comitentes, faltó a la alta confianza de estos i se hizo sospechoso a todos los buenos patriotas que habian puesto en él sus mas caras esperanzas...

—¡Qué tal! dijo el coronel, meneando la cabeza de un modo espresivo i pateando.

—Cada cual se creyó vendido: tal vez no seria así; pero el gran Mariscal dió motivo para ello. Su conducta pareció una burla: mas que una burla, una amenaza; i esta creencia, esos temores produjeron mil males de alta trascendencia. Córdova, el niño mimado de la gloria, i sin duda uno de los mas famosos caudillos de nuestra gran lucha nacional por la independendencia americana, el que a **paso de vencedores**, alcanzó una orla de laurel inmortal en la gran jornada de Ayacucho, vino a pagar con su vida la defección del gran Mariscal. Jóven de un carácter impetuoso, enemigo de la indecision i queriendo suplirlo todo con aquel valor heróico que no pocas veces rayó en temeridad, exasperado por la conducta del gran Mariscal, i creyéndose vendido para con el Libertador, tomó solo sobre sí la grande obra que todos no habian osado acometer. “Yo salvaré a la patria: la salvaré solo; pero solo también ceñiré ese nuevo lauro de dicha i de gloria”. Dijo, i partió rápidamente hácia la provincia de su nacimiento. Allí un puñado de valientes se resolvieron con él a morir por la patria. ¡Vano sacrificio! El valeroso jóven contaba con que toda Colombia secundaria su grito contra la tiranía; pero ántes que ese grito

resonara en los confines de la gran República, el jóven héroe sucumbió agobiado por el número...

—Asesinado, diga usted, interrumpió el coronel, asesinado infamemente por el mal inglés Hand. ¡Oh! yo fuí testigo de ese crimen; ¿pero qué podía hacer, cuando yacía revolcado en mi sangre, pasado de ámbos muslos por una bala? Ver i pedir un asesino para mí... Córdova habia sido retirado del combate por algunos de sus compañeros, bañado en su sangre i cubierto de gloriosas heridas; i apénas tuvieron tiempo para dejarlo en una cabaña i volver a la lid que seguia aún reñida aunque con estremada desventaja de nuestra parte. Entónces aquel esbirro, aquel hombre indigno aun del suelo de los más feroces salvajes, aquel monstruo del infierno, entró a la choza en que el héroe agonizaba, i con su misma mano, lo despedazó a machetazos... Así acabó la preciosa existencia del héroe que fué el orgullo del soldado i la esperanza del ciudadano.

—¡Qué horrible parodia! exclamó Braulio, lanzando un suspiro hondo i prolongado.

El coronel tenia los ojos nublados de lágrimas, Braulio miraba indignado hácia el cielo, i el capellan parecia una estátua. Aquel era un momento solemne: era que se asistia mentalmente a los últimos instantes de un héroe.

Al cabo el cura se atrevió a romper aquel silencio imponente, i continuó:

—De este modo, el Libertador se presentó triunfante aún como el dia 26 de septiembre de 1828, i la patria, vestida de luto, i mas abatida que nunca. Sinembargo, el pueblo hizo un esfuerzo i el Congreso **admirable** apareció como la imájen mentirosa de un sol que ya está bajo el horizonte. Sí, aquel Congreso fué un espectro solar; pero a falta de verdadero sol, se le adoró como al supremo bien. La época que se atravesaba era un mar de tinieblas... A la disolución de este cuerpo, empezó a rujirse de un modo terrible, aunque misterioso, la venida a Colombia de una division peruana, de catorce mil hombres para restablecer el imperio del sable sobre el cánon de la voluntad nacional. Todos señalaban a Sucre como el corifeo de aquella idea; i esto, unido a su defeccion, i todo esto acumulado a la desgraciada revolucion de Córdova i a su triste i horrorosa muerte; empezó a poner en fermentacion el patriotismo de los unos i los deseos de ven-

ganza de los otros... Sucre, sin saberse por qué, partió de una manera precipitada para el Ecuador; i esa marcha tan de súbito, pareció confirmar todos los temores... catorce mil bayonetas con semejante hombre a la cabeza, mas la gran base colombiana del ejército libertador del Perú que estaba lista i se avenia mal con el gobierno civil de la lei escrita, no era para dormir tranquilo nadie. Ademas, los hombres que habian confiado ántes en el gran Mariscal, eran los que ahora desconfiaban mas de él, como dueño de mas de un secreto de grave importancia. Con razon temian que vuelto Bolívar al solio del poder, pagarian en el destierro o el cadalso su amor a la patria.

Dícese que, en una noche tempestuosa, el salon de la primera reunion política brilló una vez mas a puerta cerrada con lo mejor de los patriotas, a la luz de lujosas arañas. La sesion fué larga i solemne: Córdova no estaba ya en la ilustre sociedad; pero su sombra, su nombre hacia mas profunda impresion que el acento de su voz. El mas riguroso secreto garantido por un compromiso prévio i terrible, presidió en los acuerdos de aquella gran noche, en la que se resolvió dar un golpe de Estado para salvar a la patria de un nuevo cataclismo de infortunios. Los vocales de aquel gran consejo debian votar por la persona que deberia cumplir el mas terrible decreto, la muerte del hombre que ponía en peligro tantas esperanzas i con ellas todas las libertades públicas. Dícese que la eleccion recayó en un antiguo soldado, conocedor de ciertas localidades i de ciertos individuos aparentes...

El capellan pronunció el nombre del elejido en los oídos de sus interlocutores; i continuó diciendo:

—¿Qué podía hacer aquel hombre? Escusarse de llenar un encargo que tanto urjía, habria sido un acto de cobarde infidencia. El mismo tenia su cabeza en peligro como iniciado en el primer complot, i conocia mejor que cualquiera la suerte que podía esperársele.

—Sin duda, repuso el coronel.

—Sinembargo, añadió Braulio, hai mucho que discutir en eso.

—Discutamos, repuso el cura. Hasta ahora, yo no he oido mas que absurdos i contradicciones cuando se trata de la muerte del gran Mariscal. A un suceso tan grave, tan trascendental como aquel, se le asignan unas causas que no son, ni han podido

ser bastantes para producirlo. Se habla de la ambición de Flórez, de resentimientos de Obando. . . Sin ver que ni Flórez, ni Obando, que entónces no tenían la respetabilidad que adquirió de 1831 en adelante, pudieran haberse atrevido **por sí solos** a consumir un hecho de tan grave magnitud. La ejecución de aquella muerte, supone un respaldo de la mas alta importancia; i un oríjen privado o personal, no podia proporcionar ese gran respaldo para el caso de un descubrimiento. Entónces el autor de aquella muerte, una vez señalado, habria espirado en un patíbulo como un asesino oscuro; i nadie se habria atrevido a defenderlo delante del pais; pero en el caso de un golpe de Estado, discutido i decretado por un partido político, la cosa es mui diversa; i esto es lo que ha sucedido. . . .

—Es claro, repuso el coronel.

—Veremos, añadió Braulio: para mí, Flórez no está libre de ese asunto.

—Bien puede ser, repuso el cura; porque en ese hecho tuvieron parte los que lo concibieron, los que lo discutieron, los que lo acordaron i los que lo ejecutaron. . . en fin, ¡tantas personas!

—¿Pero ha leído usted las pruebas de Obando sobre su inocencia? contestó Braulio.

—Todo lo he leído, dijo el capellan; pero todas esas pruebas se reducen a esto: —Se trata de probar que Obando, por sí i ante sí i para sí, concibió i acordó i mandó ejecutar la muerte del gran Mariscal; i para apoyar este oríjen de un acontecimiento tan grave, se hacina una série de absurdos que a nadie puede satisfacer. En efecto, desde que se pregunta: ¿qué motivo pudo tener Obando para atreverse a dar un golpe tan estupendo, tan trascendental? ¿Cuál es la respuesta que se obtiene? —“¡Oh! dicen, Obando es un ambicioso, el gran Mariscal era un grande hombre. . . Obando lo temia, le tenia envidia” . . . I de ahí no salen; i es claro que de tan ruines atrincheramientos es lo mas fácil desalojar a cualquiera; i esto es lo que ha hecho Obando en sus defensiones. Con tanta mas razon se defiende Obando, cuanto que al darse un oríjen puramente personal a aquel grande acontecimiento, es claro que para todo hombre que tenga una mediana tintura de la posicion que en 1830 ocupaban en Colombia; i sobre todo, en el sur de la gran República, Obando i Flórez, es claro, repito, que hallará mil veces mas motivos personales en este que en aquel, para resol-

verse a la consumacion de tan memorable acontecimiento. Que Flórez tenia interes en deshacerse de Sucre para hacerse al Ecuador, lo ha probado espléndidamente, con su posterior conducta; haciendo de aquel pais un feudo de su propiedad; pero lo repito; esto, que no sale de la esfera de los motivos personales, i que mas comprometeria a Flórez que a Obando, no esplica, ni puede esplicar aquel grande acontecimiento para ningun hombre que tenga un adarme de crítica; i que se encuentre extraño a las pasiones interesadas que han querido fallar en tan grave asunto.

—Sinembargo, vea usted, repuso el coronel, ese interes de Flórez tan probado, como usted dice por su posterior conducta con el Ecuador, me hace alguna impresion, porque...

—Pues a mí no me hace mucha; porque entónces la muerte se habria ejecutado mas allá de Tulcan i no en nuestro territorio. De lo contrario, habría sido preciso reconocer una connivencia entre Flórez i algunos magnates granadinos, para dar el golpe; i eso conduciria a mi teoría por distinto camino; sin ser tan natural como la que ya he presentado. Suponer que un hombre de la astuta viveza de Flórez, queriendo dar un golpe tal para aprovecharse de sus resultados sin cargar con su responsabilidad, se hubiera espuesto a dar ese golpe en el territorio granadino mas bien que en el ecuatoriano, donde tenia tantos **compadres** de confianza, es dar en un absurdo.

—Bien, dijo Braulio, esa misma astucia de Flórez escojió tal vez el territorio nuestro para alejar las sospechas.

—Si no fuera mas que eso, dijo el capellan, la cosa seria suponible; pero los inconvenientes no eran allanables a voluntad de Flórez. Valerse de ajentes granadinos para aquel golpe, hombres sin vínculos de comunes intereses con él, es un dislate: enviar sus seides a nuestro territorio a consumarlo, era sumamente espuesto; porque esos ajentes tenian que venir por los caminos; i en un pais tan despoblado como el nuestro, no puede pasar el hombre mas oscuro sin que fije mil ojos curiosos. Allá en Europa, para que un individuo llame la atencion, es preciso que sea particular bajo algun aspecto, o que la policia tenga un motivo para seguirle la pista; pero entre nosotros lo mas mínimo se nota, porque nuestra atencion está ociosa, vacía; i Flórez no podia ignorar eso siendo, como es tan vivo, i tan conocedor de nuestras especialidades. Ademas, nada era mas fácil que dar el golpe en el Ecuador sin causar sospechas. Es seguro que al haber dado muerte al gran

Mariscal en una escrucijada solitaria, quitándole el reloj, la bolsa i demas prendas de su uso, de seguro la idea de un robo con asesinato habia fijado la opinion: i para esto no se necesitaba ser un hombre superior a Flórez en alcances. Precisamente uno de los hechos que ha fijado la naturaleza del motivo de la muerte del gran Mariscal, ha sido la observacion de que el cadáver se encontró con el reloj i demas objetos del jeneral, lo cual alejó la idea de una muerte para robar. Si los que dieron aquel golpe hubieran tomado esos objetos i los hubieran destruido en el acto, quién habe qué altura tendria hoi aquella cuestion; ¡i sí habria salido de la esfera de un asesinato vulgar!... ¡Las cosas pequeñas tienen tal influjo en las grandes! En resúmen: para mí la teoría Flórez me parece absurda, como la teoría Obando; viéndolas ámbas como el fruto de un **motivo personal**. Al contrario, la teoría de un golpe de Estado. I si los hechos i reflexiones que llevo hechas no fueran terminantes, hai aún grandes observaciones que pueden auxiliarnos en la materia. ¿Qué hizo el partido liberal nuestro cuando en 1830 a 40 vió que se traía al órden del dia contra el jeneral Obando la **cuestion Sucre** que hacia diez años dormia en los anales de la historia? ¿No produjo esta fatal cuestion una conflagracion jeneral en todos los pueblos de la República? ¿No se vió entónces una larga série de patriotas como Azuero, como Soto, como González i cien mas, apoyar con su influjo i sus escritos esa conflagracion que se verificaba contra un gobierno lejítimo a todas luces?

—¡Oh! dijo el coronel con impaciencia, mi capellan, ¿usted se olvida que ese fatal doctor Márquez, en su administracion, resucitó todas las notabilidades de la dictadura Boliviana? ¿Por qué, pues, predicó usted mismo contra ese gobierno?

—Amigo, los motivos que yo tuviera para tomar parte en ese movimiento, usted los conoce i no son ahora del caso; pero lo cierto es, que Obando fué apoyado de una manera jeneral i tan enérgica, que sin los reveces de Tescua i la Chanca, el gobierno de Márquez se vuelve una fábula. En cuanto a mí, yo no aborrecia esa administracion como ilejítima en su oríjen, sino como el exordio de un sistema antiliberal; i la esperiencia acabará de demostrarlo. Vea usted ya los jesuitas en el pais. En fin, a nuestro propósito. El hecho es, que Obando iba a ser sacrificado por la **cuestion Sucre**; i el partido liberal dijo: —“No será”; i dió sangre i dinero... esto es elocuente. Estoi seguro que jamas convendrán

los liberales vejos, los hombres de la época, enlazados con el **cuatro de junio de 1830**, en que Obando sea juzgado por otro tribunal que el de la historia. Esto acabará de probar que el carácter de la muerte de aquel grande hombre fué enteramente político i pondrá a cada uno en su verdadero punto de vista.

—Bien, bien, repuso Braulio, ¿i qué dice usted de la muerte del coronel Apolinar Morillo?

—Aquello, dijo el viejo militar, parece un tejido de... ¡qué sé yo! pero Morillo escribiendo frases de literato, ha sido escandaloso. El hermano del Presidente llevándolo al patíbulo...

—Yo he pensado mucho sobre todo eso, dijo el capellan, i crean ustedes que no sé a qué carta quedarme; pero hai mucho que observar en ello. Hai, sinembargo, un asidero, un punto de partida seguro, i es que Morillo fué uno de los ejecutores de la muerte del gran Mariscal; i esto es tan seguro, cuanto que fuera absurdo suponer que hubiera un hombre en el mundo, que sin ser un rematado loco, se acusara de haber cometido un delito enorme, estando inocente de él. Bien: Morillo tuvo parte en el hecho i sobre esto parecen estar de acuerdo todas las opiniones: en lo que hai diverjencia es en este otro hecho, a saber: ¿por órden o a insinuacion de quién, fué que Morillo dio aquel golpe? Unos dicen, claro, de Flórez: los otros responden tan resueltamente como los primeros: ¿pues por órden de quién habia de ser? por órden de Obando.

Morillo era un hombre sin criterio; pero es seguro que tenia el suficiente para no cometer la inimitable estravagancia de acusarse de un delito sin tener parte en él. Lo que se ha dicho de que el Presidente Herran engañó aquel pobre hombre con la esperanza de un perdon, encierra un hecho de tal atrocidad, que en buena lójica no puede admitirse sin las mas evidentes pruebas; porque cuanto mas **increible** es un acontecimiento, mas dista de la posibilidad i mayores tienen que ser las pruebas que se reunan para demostrarlo. No se puede negar que el jeneral Herran ha sido un hombre humano i jeneroso con nosotros; i yo no puedo admitir que su virtuoso hermano el canónigo, se prestara a tomar parte de la inícua farsa de asesinar a un hombre con las apariencias de la justicia i en presencia del mismo Dios crucificado. En prueba de estas aserciones, tan llenas de increible atrocidad, no se han exhibido hechos de ninguna especie, sino conjeturas llenas de hiel i nacidas entre hombres irritados; todo lo cual, me dice

que no debe darse crédito a ellas mientras no haya pruebas de mas puro oríjen. En cuanto a las frases oratorias de aquella alocucion de Morillo en la capilla, eso tampoco me parece de gran peso; porque todos los dias se redactan contratos, testamentos, actas i otros documentos en que figuran personas que no saben leer; i en los cuales se citan leyes i principios de derecho que suponen largos estudios; i sinembargo, a nadie se le ha ocurrido jamas sostener que tales piezas contengan hechos falsos. Con todo, no soi yo el hombre que pueda explicar, por qué cuando se trataba de un **hecho de partido** tan grave i delicado como aquel, no se rodeó a Morillo ámpliamente de hombres, de sacerdotes de todos los colores políticos, que en todo caso, hubieran podido dar un profuso testimonio de la verdad de los hechos. Esto al ménos hubiera libertado a la **administracion Herran** de conjeturas que carecen de toda apariencia de justicia. El gobierno bien pudo, evitando fraudes estraños, probar claramente que tampoco queria cometerlos. Señores, he demostrado a ustedes **por qué** murió el gran Mariscal; i mi teoría tiene el gran mérito de presentar aquella catástrofe como la consecuencia natural i lógica de los hechos políticos que constituían entónces la situacion de Colombia.

Diciendo esto, el cura tomó su sombrero, sacó un grueso reloj de plata, cuyas tapas parecian pailas de sacar aguardiente de contrabando; i acercándose a un candil que ardia en un rincon sobre una trojita, dijo:

—Son las dos de la mañana, dormid-i salió.

Braulio i el coronel le dieron las buenas noches; i cerrando la puerta, despertaron a la patrona e hijos que, oyendo la histórica conversacion de los tres, se habian dormido hacia mucho tiempo.

Braulio tomó el escaño i el coronel desdobló un hermoso cuero de res i se tendió fumando un largo cigarro de Ambalema.

—¿Qué dice usted de mi cama? al ménos no tengo riesgo de caerme de ella.

—Sin duda, coronel, i en cuanto a lo demas... me he acostado tantas veces en el suelo...

—Sí, mi amigo, yo me he tendido en el lodo mil veces en los dias de campaña; pero al ménos entónces buscaba la gloria i hoi no puedo buscar sino un buen reumatismo crónico que me lleve

a los infiernos. ¡Oh! es triste verse uno a los cincuenta años de edad sin saber otra cosa que la Ordenanza militar, pobre, rodeado de una familia criada con estimación i arrojado de su única oficina, el cuartel.

Braulio murmuró una maldición a las revoluciones. Pero el coronel, como si no reparase en ello, dijo, arrojando una gran bocanada de humo al soplar sobre la triste luz del candil:

—En fin, peor le fue al desdichado José María Vezga i al desgraciado Salvador Córdova. ¡Triste fatalidad de apellido!

Madiedo, Manuel María. "Nuestro siglo XIX; Cuadros nacionales". Bogotá, Imp. Nicolás Pontón, 1868. 447 pp.